

## JÓVENES.

Aunque en el artículo precedente hemos demostrado el sumo cuidado que el cura ha de poner en la educacion de los niños, debemos advertirle en este que no son ellos los únicos que tienen derecho á su solicitud. Hay otra clase que no debe llamar menos su atencion; y que si la olvida, se perderá irremisiblemente. Hablamos de los jóvenes. ¡Qué celo, qué vigilancia, qué prudencia no se requiere para salvar esta porcion del rebaño, comunmente la mas indómita y descarriada! Sin duda es la que mas difícilmente se deja gobernar, la que mas se resiste á la sujecion y al freno; pero ¿convendrá por esto dejarla abandonada? Todo lo contrario: se han de hacer los mayores esfuerzos para tenerla á raya, y conservarla en el orden y en la moderacion. San Pablo conocia perfectamente toda la dificultad que hay en domar á los jóvenes y hacerlos virtuosos; mas no por esto dejaba de excitar á Tito á que les inculcase la moderacion, la sobriedad y el santo temor de Dios: *Juvenes similiter hortare ut sobrii sint*<sup>1</sup>.

Lo primero que incumbe al cura respecto de los mozos es, desvanecer las preocupaciones que generalmente alimentan sobre los galanteos, bailes, conversaciones lúbricas y otros divertimientos de esta ralea. Mientras no consiga despreocuparlos sobre este punto, mientras subsista en ellos la loca persuasion de que semejantes entretenimientos son cosas indife-

<sup>1</sup> Tit. II, 6.

rentes, y aun indispensables en su edad, no logrará retraerlos de la senda fatal de su perdicion. Comprendemos sin gran trabajo que no ha de costarle poco arruinar las tales preocupaciones por sus cimientos, puesto que desgraciadamente se sostienen en la tradicion popular, en la costumbre general, y hasta en la aprobacion de no pocos padres: pero esto no obsta para que él haga cuanto esté de su parte para conseguirlo. Dirémos cuál ha de ser su comportamiento acerca cada uno de los puntos que dejamos insinuados.

*Bailes.* Un buen pastor nada ha de omitir para desterrarlos de su parroquia, si no todos, que esto tal vez seria imposible, á lo menos aquellos que llevan mas peligro de perversion. Un cura que sin oposicion tolera toda suerte de bailes, que en todo el año no tiene una sola palabra para condenarlos, á mas de la injuria que hace á los buenos sacerdotes que los reprueban, se hace responsable de todos los pecados que ocasionan; porque los autoriza con su silencio, y los sanciona, digámoslo así, con el peso de su autoridad. Seria llenar la medida del escándalo si él mismo los aconsejase, los honrase alguna vez con su presencia, ó permitiese á su criada asistir á ellos. Esto probaria que no solo tiene olvidado lo que debe á su carácter y ministerio, sino tambien lo que debe á su honor y estimacion.

No aconsejaríamos á ningun cura presentarse personalmente en un baile para disolverlo, por mas escandaloso que fuese; porque se expondria á que la concurrencia irritada le faltase al respeto, y él mismo no supiese guardar la moderacion que conviene á todo sacerdote. Por la misma razon no quisiéramos se declamase contra un tal abuso con demasiada fuerza y violencia, volviendo á la carga uno y otro dia; porque esto solo sirve regularmente para obstinarse mas los ánimos, y hacer que los jóvenes tomen como un punto de honor el no ceder.

Á nuestro juicio el mejor medio es, predicar con moderacion contra el desórden, hablar amistosamente á los padres, amos y autoridades civiles, para que cada cual por su parte procuren atajar el mal, y poner coto al desórden. Muchas cosas desordenadas vuelven á sus quicios, mas por medio de la blandura y afabilidad, que por el de la irritacion y destemplanza; y creemos que esta es una de tantas. Quizá tambien daria buen resultado la aplicacion de un medio indirecto, cual seria, por ejemplo, proporcionar á las doncellas alguna funcion religiosa á las horas precisas de baile. Como que tienen una propension cási natural á la piedad, podria esperarse que por este medio se las iria retrayendo, si no á todas, á algunas; y si no por de pronto, poco á poco y con el tiempo. Así nos consta que lo practican algunos párrocos celosos y concedores del corazon humano, y no sin gran provecho de la juventud.

Lo que hemos dicho de la afabilidad y blandura, ha de entenderse en cuanto al gobierno exterior; porque si la cuestion del baile se lleva al tribunal de la Penitencia, entonces el cura ha de mostrarse algo mas récio é inflexible. Para no dar en ningun extremo, y guardar el justo medio, que en esta materia, así como en muchas otras, es la mejor regla, harémos notar que hay dos clases de bailes: unos que ni por razon del tiempo y lugar en que se tienen, ni por la calidad de las personas que á ellos concurren, ni por el modo con que se ejecutan pueden calificarse absolutamente de pecaminosos, como son los que se tienen en lugares públicos, entre gente honrada, y están, digámoslo así, autorizados por la antigua costumbre del país: y en cuanto á estos, sin aprobarlos del todo, púedese transigir algun tanto, mientras que por alguna circunstancia personal no constituyan alguna de aquellas ocasiones próximas que los teólogos llaman *relativas*. Otros hay que, atendiendo al lugar, tiempo y modo con que se ejecutan, ó

son ya pecaminosos en sí mismos, ó son ocasion próxima de pecado: y respecto á estos hemos dicho que el cura ha de mostrarse severo é inexorable, negando redondamente la absolucion á cuantos los frecuentan, á cuantos los permiten, á cuantos los favorecen directa ó indirectamente, si no prometen enmendarse.

*Galanteos.* El galanteo es la ocasion mas peligrosa que puede presentarse á la flaqueza humana: ¿quién no lo conoce? Y sin embargo, ¿quién seria capaz de persuadirlo á la incauta juventud? Esta le considera como un pasatiempo inocente, permitido, y hasta cierto punto necesario; sin que baste para quitarle esta persuasion todo lo que el Evangelio dice, todo lo que los Santos enseñan, y todo lo que la experiencia demuestra en contrario. Bajo el frívolo pretexto de que así se hizo siempre, así lo hacen muchos, así conviene hacerlo á los que quieren casarse, no parece sino que hay un empeño sistemático, mejor diríamos, una obstinacion diabólica en cano-nizar como lícito y honesto lo que á todas luces es damnable y pecaminoso. Lo mas triste que hay en esto es, que muchos padres, que por una experiencia tan propia como deplorable saben los grandes pecados que ocasionan los galanteos de la juventud, son los primeros en defenderlos, en excusarlos, y hasta á veces en aconsejarlos á sus hijos.

¿Qué ha de hacer un buen cura en vista de un desórden tan general á la par que arraigado? ¿Estarse con los brazos cruzados, mirando con indolencia estóica como cada dia cunde y se propaga? Todo lo contrario: ha de emplear todas sus fuerzas para contrarestarle, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrezcan, sea en el catecismo, sea en el púlpito, sea en el confesonario, para hablar sobre esta materia, y dar á los jóvenes igualmente que á los padres los avisos convenientes. Á los padres dígaes que en conciencia no pueden permitir tra-

tos á sus hijos sino cuando, habiendo llegado el caso de casarse, están precisados á elegir la persona que para ello mas les convenga ; y que aun entonces no han de tolerar que las entrevistas sean frecuentes y á solas, sino en presencia de ellos mismos ó de alguna persona de su confianza, y las precisamente necesarias para explorar el carácter de la persona, á fin de no errar en la eleccion.

Á los mozos y doncellas ha de hacerles oír bien estas máximas : que los tratos son siempre peligrosos, muchas veces causa de grandes pecados ; y no pocas origen de matrimonios fatales y desconcertados : que no deben entablar trato alguno sino con el ánimo de casarse, y esto no sin haberlo consultado antes con Dios, con el director y con sus padres : que una vez comenzado el trato, no se ha de continuar por años y años, sino que tan pronto como hayan adquirido el conocimiento necesario de las condiciones personales del sujeto, deben cortarlo, ó concluyendo luego el matrimonio, ó bien retirándose enteramente : que en la persona que quieran elegir por consorte, mas han de buscar la capacidad, la buena educacion y el temor de Dios, que la belleza, el jaleo y los bienes de fortuna : que desde el dia que comiencen á entrar en negociaciones para concertar matrimonio, han de darse mas á la oracion, á la frecuencia de Sacramentos, á los ejercicios de piedad, á fin de que Dios bendiga un negocio del que pende el bien ó malestar de esta vida y de la otra. Estas advertencias dadas oportunamente y con insistencia serán un dique poderoso contra los galanteos ; y si no se consigue desterrarlos enteramente, á lo menos se les impedirá el tomar mayor extension.

*Conversaciones libricas.* Nunca el cura declamará con demasiado celo contra ellas : son la peste de la juventud, el escollo de la inocencia, la escuela de todos los vicios. Ninguna cosa debe causar tanta inquietud á un pastor, como el saber

que en su parroquia la impureza ha llegado á ser la salsa ordinaria de las conversaciones : desde el dia que se aperciba de esto, cuente á las doncellas sin pudor, á los mozos sin freno, á los casados sin honor ni fidelidad. Para desarraigar este mal si hubiese ya cundido, y prevenirlo si aun no se hubiese propagado, es necesario que de tiempo en tiempo, señaladamente en ciertas estaciones del año, como son los tiempos de siegas, vendimias, etc., el cura predique contra las conversaciones impuras, haciendo sentir toda su enormidad, todas sus consecuencias, toda la responsabilidad con que cargan los que las promueven, los que las fomentan, los que, teniendo alguna autoridad, las toleran y las permiten. Sobre estos especialmente debe cargar la mano, poniendo á la vista de los padres, amos y demás superiores la estrecha cuenta que tendrán que dar á Dios de todos los pecados que se siguieren de semejantes conversaciones, que ellos pueden, deben, pero no quieren atajar. Y no basta que trate esta materia solo *ex cathedra*, sino que ha de preguntar acerca de ella en el confesonario á los mozos, á las doncellas, y tambien á los casados, quienes á veces profieren indecencias con mas descaro y en términos mas súcios y repugnantes que los mismos solteros. En la plática xx del segundo tomo del *Catequista orador* encontrará materiales abundantes para predicar contra las conversaciones obscenas.

Cuando el cura hubiere cumplido esta primera parte de su deber, es decir, cuando hubiere hecho todo lo posible para precaver á los jóvenes de los bailes, amoríos y discursos obscenos, que son las causas principales de su perversion, y el origen comun de todas sus aberraciones y extravíos, será ocasion de inspirarles las virtudes propias de su edad, cuales son la obediencia, la modestia, la caridad y el temor de Dios. Parécenos que no ha de serle muy difícil conseguirlo, si con una santa mónica sabe primero ganarles el corazon, mostrándose-

les cariñoso y tratable siempre que venga el caso de hablarles, pero muy particularmente en el confesonario. Los jóvenes participan mucho de la sensibilidad de los niños; y como estos, no suelen resistirse á las insinuaciones de aquellos que conocen los aman, y se interesan por su bien.

---

## MATRIMONIOS.

---

No hablamos aquí del cuidado que debe tener el cura de que los matrimonios se celebren segun lo prescrito por los sagrados cánones; esta es tarea que corresponde á los moralistas: hablamos del comportamiento que ha de tener respecto de aquellos que quieren unirse en matrimonio. Antes que todo es necesario convenir en que por regla general ningun eclesiástico ha de ser fácil en entremeterse en concertar matrimonios, porque, como dice san Agustin, al predicador de la castidad no le corresponde ser concertador de bodas: *Prædicator castitatis non sit conciliator nuptiarum*. No sabemos qué especie de fatalidad pesa sobre los matrimonios concertados por personas eclesiásticas, que apenas hay uno que no tenga un éxito infeliz y desastroso. Esto para nosotros tiene mucha significacion, pues significa cuando menos que Dios no quiere servirse de elérgos para esta clase de asuntos. Respecto del cura hay todavía otra razon para no meterse á casamentero, y es que se expone á que con el tiempo lluevan sobre él mil maldiciones é improperios. ¿No se oyen todos los dias casados malavenidos que maldicen al párroco que los casó, y que le llenan de imprecaciones solo porque intervino en su enlace como ministro de la Iglesia? ¿Qué seria, pues, si él mismo hubiese proyectado, favorecido ó aconsejado el casamiento? Aun siendo requerido para dar su parecer sobre un matrimonio que ande en proyecto, raras veces le sucederá que pueda decir